

## Entre dos malestares

Zulma López Arranz

En nuestra vida cotidiana nos encontramos con hechos de violencia que no se limitan a un sector de la población, a un espacio determinado, a unas condiciones de pobreza ni a cualquier otra variable. Si bien el consumo de drogas puede ser considerado como un factor que influye en la acción violenta, no alcanza para explicar este fenómeno que parece ubicarse más allá de dicho consumo.

¿Es posible pensar el malestar “en la cultura” y el malestar “fuera de la cultura”?

En este trabajo me propongo revisar el alcance del *malestar en la cultura* que Freud describió en 1930 y relacionarlo con los hechos de violencia que conmueven diariamente a nuestra sociedad.

Los actos de violencia a los que nos referimos son actos de una violencia insensata, donde podemos observar que no existe la angustia moral, la vida no tiene sentido, lo que ocurra con la vida del otro o con la del propio sujeto resulta indiferente. Instalado en esa escena pareciera que lo único que cuenta es la satisfacción onnipotente, que apenas alcanzada se esfuma, no tiene ligadura que le de consistencia, viven sujetos a un patrón que les otorga una existencia efímera y para ello ponen en riesgo su propia vida. Esta falta de ligadura hace que el acto de estas características sea automático, operando de manera rápida, incontrolable y repetida. No aparece el sentimiento inconciente de culpa, al decir de Freud (1923/1996, pp.24-25), la necesidad de castigo.<sup>1</sup>

En estos sujetos pareciera que su aparato psíquico sufre una gran anomalía en relación con su constitución. Hay detenciones severas en el desarrollo psíquico, que juegan un papel fundamental en el modo de relación de estos sujetos con el otro. Sobre estas detenciones se edifica un yo débil, severamente limitado para cumplir con sus funciones y en relación con el ello, un ello pulsional sobre el que la ley no ha podido dejar la huella de la representación que se genera cuando la represión ha tenido lugar.

---

<sup>1</sup> Porque no corresponde llamar “inconciente” a los sentimientos.

Si bien sabemos que la represión es siempre fallida, en estos casos podríamos pensar que se trata, no de la ausencia de la represión primaria, tampoco de la represión secundaria, sino de una *perturbación* producida en la etapa de la latencia, donde el sujeto, una vez que transita la conflictiva edípica, resigna los objetos sexuales obteniendo nuevos modos de satisfacción pulsional por medio de la sublimación.

Freud (1923/1996) atribuye al superyó la función de la conciencia moral y ha reconocido en el sentimiento de culpa la expresión de una tensión entre el yo y el superyó. El yo reacciona con sentimientos de culpa cuando percibe que no está a la altura de las exigencias del ideal del yo. El yo tiene la función de conciliar entre sí las exigencias de las tres instancias a la que sirve: el mundo exterior, el ello y el superyó. El superyó es el subrogado tanto del ello como del mundo exterior; debe su génesis a los primeros objetos de las mociones libidinosas del ello - la pareja parental- que una vez introyectados en el yo, sufren una modificación en relación al vínculo, ya que éste se fue desexualizando mediante un desvío de las metas sexuales directas.

Freud (1924/1996) afirma que a las imagos de las figuras parentales se anudan otras figuras significativas: maestros, autoridades, modelos que uno elige y héroes socialmente reconocidos. Agrega como última figura de esa serie al *oscuro poder del destino* (pp. 172-174). Se podría incluir en nuestra época aquellas figuras que los medios de comunicación proponen como modelos identificatorios.

De este modo, la importancia del complejo de Edipo radica, entre otras cuestiones, en que demuestra ser la fuente de nuestra eticidad individual (moral).

En relación con el origen de la eticidad, Freud dice que lo habitual es presentar el reclamo ético como si fuera lo primario y la renuncia a lo pulsional, su consecuencia, pero de esta manera quedaría sin explicar cómo se origina la eticidad. Opina que ocurre lo contrario: "... la primera renuncia pulsional es arrancada por poderes exteriores, y es ella la que crea la eticidad, que se expresa en la conciencia moral y crea nuevas renunciaciones de lo pulsional." (1924/1996, p. 176).

Dejamos de lado a aquellos que delinquen por conciencia de culpa, por paradójico que suene, en estos casos la culpa preexiste al delito, se cometen porque están prohibidos y porque su ejecución conlleva un alivio, es decir la falta proviene de un sentimiento de culpa y lo que se busca es el castigo. Freud

(1916/1996) afirma que justamente, este sentimiento brota del complejo de Edipo, es una reacción ante los dos grandes propósitos delictivos: matar al padre y acostarse con la madre, los grandes delitos que aún en las sociedades primitivas son perseguidos y abominados. La humanidad ha adquirido su conciencia moral como consecuencia de la salida del complejo de Edipo y el establecimiento de la instancia psíquica del superyó. Dejamos de lado estos casos porque difieren totalmente de los hechos de violencia a los que queremos referirnos.

Los casos que nos proponemos investigar son aquellos en los que no tenemos noticias del superyó, esto nos lleva a situar la problemática en el período edípico que se transitó de manera tal que su heredero no es el superyó. La consecuencia de esta dificultad será la de impedir transitar el período de latencia en las condiciones adecuadas para el proceso de sublimación. No operó en su función pacificante la ley del Padre. No hay renuncia pulsional. Al no constituirse la conciencia moral, queda severamente perturbado el período de latencia y el sujeto no queda sujeto a la ley.

En *El sepultamiento del complejo de Edipo*, Freud (1924/1996) afirma: “El complejo de Edipo revela cada vez más su significación como fenómeno central del período sexual de la primera infancia. Después cae sepultado, sucumbe a la represión — como decimos —, y es seguido por el período de latencia.” (p.181)

La represión a la que se refiere Freud tiene la característica de prohibición, de la instauración de la ley en relación con la castración. No se refiere a la represión secundaria. Lo cual significa que la represión no se logra de una sola vez y para siempre, es una represión diferente de la represión originaria que es fundante del aparato anímico, y diferente también de la represión secundaria como retorno de lo reprimido.

En los hechos de violencia que nos ocupan podríamos preguntarnos ¿Por qué la represión no produce efecto? ¿En nuestro tiempo, la degradación de la función paterna es la responsable de la falta de efecto de la represión? ¿La falla en la función paterna deja a la pulsión en la desenfrenada satisfacción en el más allá del principio del placer?

Recordemos que Freud (1915/1996) dice, refiriéndose a la represión:

(...) que antes de esa etapa de organización del alma los destinos de pulsión, como la mudanza hacia lo contrario y la vuelta sobre la propia persona, tenían a

su exclusivo cargo la tarea de la defensa contra las mociones pulsionales.  
(p.142)

El párrafo anterior nos permite relacionar estos hechos de violencia con los mecanismos muy primarios de la mudanza hacia lo contrario y la vuelta hacia la propia persona, ya que en este modo de delinquir pareciera que la condición para matar fuera la de ser previamente un muerto.

Existe un irremediable antagonismo entre las exigencias pulsionales y las restricciones impuestas por la cultura. En *El malestar en la cultura*, Freud (1930/2001) dedica los capítulos VII y VIII a indagar y elucidar acerca del sentimiento de culpa. Allí declara “su propósito de situar el sentimiento de culpa como el problema más importante del desarrollo cultural, y mostrar que el progreso cultural debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa” (p. 130).

También se pregunta acerca de aquello que los seres humanos quieren alcanzar en relación con su vida, su respuesta es simple: quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y conservarla. Pero esta aspiración tiene dos aspectos, una meta positiva y una negativa. Por un lado quieren la ausencia de dolor y displacer, y por otro lado quieren vivenciar intensos sentimientos de placer; en sentido estricto, la dicha se refiere al principio de placer. Sabido es que el principio de placer rige, pero no gobierna. “Es absolutamente irrealizable, las disposiciones del Todo — sin excepción — lo contrarían; se diría que el propósito de que el hombre sea «dichoso» no está contenido en el plan de la «Creación»” (Freud, 1930/2001, p. 76) Sólo es posible alcanzar la felicidad como un fenómeno episódico, ya que si una situación anhelada por el principio de placer se prolonga, sólo se lograría sentir un leve estado de bienestar. Es decir que podemos regocijarnos con intensidad debido al contraste y poco con relación al estado. Por lo tanto, los momentos de dicha son escasos.

Menos difícil es que lleguemos a experimentar desdicha. Freud refiere que la amenaza de sufrimiento proviene de tres fuentes: a) la hiperpotencia de la naturaleza, b) la fragilidad de nuestro cuerpo y c) la insuficiencia de las normas que regulan los vínculos recíprocos entre los hombres en la familia, el estado y la sociedad.

Si bien los adelantos de la ciencia y de la tecnología permiten la satisfacción de casi cualquier demanda, poniéndonos en una situación de cierto dominio de la naturaleza, sería un espejismo creer que la dominamos. Con mucha frecuencia la fuerza de la naturaleza arrasa con lo creado por el hombre, éste es objeto de su furia: tsunamis, terremotos, inundaciones, enfermedades, que por más avance farmacológico o tecnológico permanente, no se pueden controlar y el enigma de la muerte, para la cual no hay remedio, sigue siendo fuente de angustia. Así, frente a la naturaleza, el hombre queda en una posición endeble y desvalida.

Respecto a nuestro organismo, siempre será una forma perecedera, sin embargo este conocimiento no nos lleva a una situación paralizante, al contrario, nos pone en actividad para mitigar al menos parte del sufrimiento.

Freud admite que nuestra actitud es distinta respecto al sufrimiento social, nos negamos a admitirlo, nos parece incomprendible que las normas que fueron creadas por nosotros mismos, para protegernos y beneficiarnos a todos nos deparen tantas frustraciones y sufrimientos. La asombrosa revelación es que gran parte de la culpa por nuestras insatisfacciones la tiene la cultura, ya que a ella corresponde todo aquello con lo que intentamos protegernos de las fuentes del padecimiento. Dadas las posibilidades para el padecimiento, los seres humanos suelen aplacar sus exigencias de dicha, transformando así el principio de placer, bajo el influjo del mundo exterior, en el principio de realidad. Mediante este procedimiento muchas veces nos sentimos dichosos cuando escapamos de la desdicha.

La vida, muchas veces nos resulta pesada, vivimos sinsabores, dolores, desengaños, fracasos y soportamos tareas a veces muy difíciles. Para soportarla no podemos prescindir de *los calmantes*, éstos pueden ser de varias clases: las distracciones, las satisfacciones sustitutivas y las sustancias embriagadoras. Freud asevera que dentro de esta serie podemos ubicar a la religión, ya que sólo ella responde por el fin de la vida. La experiencia nos enseña que existen diferentes métodos para evitar el displacer, cuando éste viene del mundo exterior se lo puede sortear aislándose o bien, como miembro de la comunidad, aunar esfuerzos y con la ayuda de la ciencia y de la técnica, trabajar codo a codo para la dicha de todos.

Un método muy eficiente, un flagelo en nuestros días, es influir sobre el organismo mediante las sustancias tóxicas, logrando de esa manera no sentir el padecimiento.

Bien se sabe que con ayuda de los «quitapenas» es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio, que ofrece mejores condiciones de sensación. Es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino. (Freud, 1930/2001, p. 78)

Nuestro complejo aparato psíquico permite otros modos de defenderse del sufrimiento que nos produce que el mundo exterior rehúse la satisfacción de nuestros deseos. Es decir que por medio de la intervención sobre las mociones pulsionales es esperable librarse de una parte del padecimiento. Esta manera busca proponerse el gobierno sobre la propia vida pulsional, mediante el gobierno de las instancias psíquicas más elevadas sometidas al principio de realidad. Sin resignar una porción de satisfacción se alcanza cierta protección del sufrimiento, es innegable que el efecto es una reducción en relación con el goce. Freud afirma que la satisfacción de una pulsión no domeñada por el yo produce un sentimiento de dicha incomparablemente mayor que el de una pulsión refrenada. Encuentra allí la explicación económica para el atractivo de lo prohibido, como también para el carácter irrefrenable de los impulsos perversos.

Otra técnica para defenderse del sufrimiento consiste en trasladar las metas pulsionales hacia satisfacciones que no estén alcanzadas por la denegación del mundo exterior. Ello se consigue mediante la sublimación, elevando la ganancia de placer que proviene del trabajo psíquico o intelectual. Como ejemplo citemos el trabajo del artista o cualquier otra actividad de creación científica, literaria, etc. Estas actividades aparecen como «más finas y superiores», presuponen disposiciones particulares y dotes, no son aplicables universalmente ni pueden garantizar protegerse del padecimiento, y suelen fallar cuando la fuente del padecimiento es el propio cuerpo.

Otro modo de independizarse de la denegación de la satisfacción en el mundo exterior es el refugio en la fantasía, allí se aflojan aún más los vínculos con la realidad, obteniéndose satisfacciones mediante las ilusiones, sabiéndose que son ilusiones pero no por saberlo dejan de sentirse como satisfacciones. Debemos dar crédito a este modo de satisfacción habida cuenta del rol de la fantasía en el cumplimiento del deseo inconciente.

Un procedimiento más radical consiste en considerar que la realidad es la fuente de todo padecer y que con eso no se puede convivir, por tal motivo se rompe

todo vínculo con la realidad. Hay quienes se retraen del mundo y quienes lo quieren recrear, construyendo en su reemplazo otro mundo donde se sustituyen los rasgos insoportables por aquellos que tienen relación con el propio deseo.

Freud incluye dentro de las fuentes de dicha al amor, situando la satisfacción en procesos psíquicos internos, que valiéndose de la desplazabilidad de la libido, busca la dicha a partir de un vínculo de sentimiento con los objetos, es decir sin extrañamiento del mundo exterior. En relación con el amor nos encontramos ante el caso en que se ansía la apasionada aspiración a la dicha, haciendo caso omiso de evitar el displacer: "Nunca estamos menos protegidos contra las cuitas que cuando amamos; nunca más desdichados y desvalidos que cuando hemos perdido al objeto amado o a su amor." (1930/2001, p. 82)

Otro modo de búsqueda de la felicidad en la vida es el goce de la belleza, cualquiera sea su naturaleza. La belleza de formas y gestos humanos, de objetos naturales y paisajes, de creaciones artísticas. El goce de la belleza se acompaña de un efecto embriagador, esta actitud estética otorga escasa protección contra el sufrimiento, pero puede ayudar a resarcir de algunas cosas.

Si bien no se logró esclarecer acerca de la naturaleza y origen de la belleza, Freud asegura que deriva del ámbito de la sensibilidad sexual, sería un ejemplo de una moción de meta inhibida. La belleza y el encanto son propiedades del objeto sexual que parece adherir a los rasgos sexuales secundarios ya que los genitales mismos, cuya visión tiene efecto excitador no se aprecian como *bellos*.

Luego de acompañar este recorrido freudiano se concluye que el principio de placer, que nos impone el programa de ser felices, es irrealizable, no obstante nos empeñamos en acercarnos de algún modo a su cumplimiento. Para ello podemos guiarnos por alcanzar la dicha o evitar el displacer, ninguno de los dos nos permitirá lograr todo lo que deseamos.

Como sujetos debemos discernir la dicha posible y para ello cada quien tendrá que arreglárselas consigo mismo en relación con su economía libidinal, siendo decisivas las circunstancias externas y nuestra constitución psíquica. Como última técnica, que permite al menos una satisfacción sustitutiva, nos queda el consuelo del refugio en la neurosis.

Para concluir con el malestar propio de la cultura proponemos reflexionar acerca de una vía de investigación que nos permite realizar el tránsito hacia ese otro malestar, que en nuestra opinión, queda por fuera de la cultura:

Quien nazca con una constitución pulsional particularmente desfavorable y no haya pasado de manera regular por la transformación y reordenamiento de sus componentes libidinales, indispensables para su posterior productividad, encontrará arduo obtener felicidad de su situación exterior, sobre todo si se enfrenta a tareas algo difíciles. (Freud, 1930/2001, p. 84)

Esta afirmación de Freud nos pone en camino de considerar como primer condicionamiento la constitución pulsional. Visto desde este ángulo, la inclinación agresiva es una disposición pulsional autónoma, originaria del ser humano, y en ella la cultura encuentra su más poderoso obstáculo. Esta pulsión agresiva, natural de los seres humanos se manifiesta en la hostilidad de uno contra todos y todos contra uno. Esta pulsión es un subrogado de la pulsión de muerte que Freud descubre, junto a Eros, en 1920 en *Más allá del principio de placer*. La cultura sería un proceso al servicio de Eros que quiere reunir a los individuos aislados en una gran unidad: La humanidad.

La cultura entonces, desde esta mirada, la obra de Eros que está obstaculizada por la pulsión de destrucción. Eros y Tánatos, pulsión de vida y pulsión de muerte, tal como se combinan en la especie humana.

Como psicoanalistas consideramos que la violencia no puede ser entendida únicamente como el emergente de condiciones coyunturales por las que atraviesa la sociedad, sino que forma parte de la constitución del psiquismo, y hasta podríamos decir que es esencial para la vida.

Freud señala en la cita mencionada anteriormente, que el sujeto encontrará mayor dificultad en alcanzar la dicha si además de la constitución particular desfavorable no logró una transformación y reordenamiento de los componentes libidinales. Es tal cuestión un punto nodal para la salida a la exogamia y la renuncia pulsional. El sepultamiento del complejo de Edipo es el cimiento de la eticidad en el hombre. Freud se pregunta ¿qué le pasa al individuo para que se vuelva inocuo su gusto por la agresión? Su respuesta es que la agresión es introyectada, vuelta al yo. Allí es recogida por una parte del yo, que se contrapone como superyó. Actúa desde allí como «*conciencia moral*» y dispuesta a tratar al yo con la misma severidad agresiva que el yo utilizaría para tratar a otros individuos. La conciencia de culpa es la tensión entre el superyó y el yo que se encuentra bajo su sometimiento, su exteriorización es la necesidad de castigo.



En principio, la renuncia de lo pulsional es la consecuencia de la angustia frente a la autoridad externa y, más tarde, frente al superyó. Cuando una moción pulsional sucumbe a la represión, sus componentes libidinales buscan la satisfacción sustitutiva a través del síntoma y sus componentes agresivos se trasponen en sentimiento de culpa.

En *El malestar en la cultura*, Freud afirmaba que el ser humano se volvía neurótico porque no podía soportar la medida de frustración que la sociedad le imponía y que se pensó que suprimiendo o disminuyendo esa presión se lograría un regreso a las posibilidades de dicha. A eso le agrega un factor de desengaño, ya en esa época, los progresos de la ciencia y de la técnica habían logrado avances notables encaminados a consolidar el gobierno sobre la naturaleza, sobre el tiempo y el espacio. Sin embargo, a pesar de todo lo alcanzado no se sentían por ello más felices. Al pasar revista de todos los adelantos de su época, Freud sostiene, refiriéndose al hombre:

En tiempos remotos se había formado una representación ideal de omnipotencia y omnisapiencia que encarnó en sus dioses. Le atribuyó todo lo que le parecía inasequible a sus deseos — o le era prohibido —. Es lícito decir, por eso, que tales dioses eran ideales de la cultura. Ahora se ha acercado tanto al logro de ese ideal que casi ha devenido un dios él mismo. [...] El hombre se ha convertido en una suerte de dios-prótesis, por así decir, verdaderamente grandioso cuando se coloca sus órganos auxiliares; [...] Épocas futuras traerán consigo nuevos progresos, acaso de magnitud inimaginable, en este ámbito de la cultura, y no harán sino aumentar la semejanza con un dios. Ahora bien, en interés de esta indagación no debemos olvidar que el ser humano de nuestros días no se siente feliz en su semejanza con un dios. (1930/2001, pp. 86-87)

Este pasaje del texto de Freud nos produce un impacto muy profundo, su capacidad de investigador y su metodología pusieron al psicoanálisis en la senda de lo que vendría. Lo que vino es la posmodernidad, donde se cumplen las *profecías freudianas* en relación con la ciencia y la tecnología, como así también sus vaticinios en cuanto a que no son la panacea para alcanzar la dicha.

Las transformaciones de las sociedades derivadas conjuntamente de las tecnociencias, la globalización y el liberalismo económico nos deben poner en situación de analizar las nuevas variables y tomar decisiones al respecto.

La característica de nuestra época es el *sin límites, el vale todo, el puedo todo, el deme ya, el siempre listo*.

Imbriano (2006) nos confronta con los modos de la satisfacción de la pulsión, donde se impone la ley del «satis-facere», hay un hacer demasiado que nos atrapa. Esta lógica aditiva produce el efecto de querer «todo a pleno» o bien «tener la nada», encarna además de la patología, las figuras del vacío del ser. Las condiciones del goce pulsional derivan del campo del Otro. Es así que el post-modernismo ha motivado una cultura de los malestares: un malestar no-enmascarado que corresponde a los que sufren sida, los alcohólicos, los drogadictos, violadores, etc. Y los malestares poco enmascarados, como los que corren picadas, los que beben más que otros para ganar un concurso, etc.

Bauman (2007) expresa que la modernidad sólida ha llegado a su fin. La denomina sólida porque, a diferencia de los líquidos, conserva su forma y persiste en el tiempo. Este autor da cuenta del tránsito de la modernidad «sólida», estable, repetitiva, a otra «líquida», que es flexible y voluble, donde las estructuras sociales ya no perduran el tiempo necesario para solidificarse y no sirven como marco de referencia para la acción humana. Las consecuencias son que los vínculos humanos, por los que valdría la pena sacrificar los intereses individuales, son cada vez más frágiles, la sociedad se ve y se trata como una *red*, y se percibe y se trata como conexiones y desconexiones aleatorias que permiten un número infinito de permutaciones posibles, no como una estructura.

Zizek (2009) nos ofrece sus puntos de vista como claves para interpretar la violencia. Opina que la violencia está en todos lados aunque no podamos explicarla o aceptarla, la que ejerce alguien identificable está generada por una violencia oculta, la misma que sostiene nuestro sistema político y económico. Afirma que si nos distanciamos de la violencia *subjetiva*, esa que es directamente visible, practicada por alguien que podemos identificar al instante, podremos percibir los contornos del trasfondo que generan tales arrebatos. La violencia objetiva es invisible, es la que sostiene la normalidad de nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento. Es algo “como la famosa «materia oscura» de la física, la contraparte de una (en exceso) visible violencia subjetiva.” (pp. 10-11)

Desde el punto de vista psicoanalítico, sujeto es el nombre del síntoma, del acto fallido, del deseo inconciente, de la incompletud. Ese síntoma implica que

existe una moción pulsional que ha sido reprimida, indica que la pulsión ha sido domeñada en los términos del goce del síntoma. El síntoma implica un amalgamamiento de Eros y Tánatos. Sostenemos que en los actos de violencia irracional hay un desligamiento entre ambas pulsiones produciendo efectos funestos a través del sadismo incontrolable. En dichos actos no aparece la piedad ni el sentimiento de culpa.

Existe un malestar en la cultura que funciona dentro de los límites simbólicos que implican una sujeción a la ley y una renuncia pulsional, donde el superyó como heredero del complejo de Edipo abarca el ideal, regula los vínculos libidinales que se inscriben dentro de la ley, aunque muchas veces se transgredan; y existe también otro malestar que está por fuera de la cultura, que implica la no renuncia pulsional, pues la instauración de la inscripción de la ley resultó fallida porque el padre-función no ha logrado cumplir su cometido. Los avatares del devenir subjetivo encontrarán un enorme escollo en el período de latencia, que imposibilitará la sublimación, quedando el sujeto en una relación mortífera con el semejante y consigo mismo.

Goldstein (2006), refiriéndose a los efectos del superyó, señala que:

Cuando el superyó, garante también de la represión, pues somete sus exigencias al yo, decae en su función y no recibe la herencia, aunque más no sea parcialmente, el sujeto tenderá a la descarga pulsional en el campo del semejante. ¿Por qué contra el prójimo? Pues el campo imaginario yo-otro es la sede de la agresividad y el narcisismo. (pp. 77-78)

Nos preguntamos ¿Por qué no se produce la renuncia a lo pulsional? ¿Es porque la autoridad externa no tiene el estatuto necesario para producir efecto? ¿En tal sentido, se trata de una declinación del padre como función, como portador de la ley? ¿Existe un obstáculo en relación a la transmisión del orden legal? ¿Qué relación guarda el efecto de la globalización, la ciencia y la técnica sobre un sujeto al que *casi* se le puede colmar cualquier demanda, ese sujeto que queda en lugar del *dios.-prótesis*, al que aludía Freud?

En este trabajo no se pretende dar respuestas definitivas, son tiempos donde los cambios se producen a cada momento, nos contentamos como psicoanalistas con intentar despertar al sujeto de deseo, ya que esa es la ética del psicoanálisis.

## Referencias

- Bauman, Z. (2007). *Tiempos líquidos*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- Bauman, Z. (2009). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (1996). La represión. En *Obras Completas* (Vol. XIV, pp. 135-152). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1915)
- Freud, S. (1996). Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo analítico. En *Obras Completas* (Vol. XIV, pp. 313-339). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1916)
- Freud, S. (1996). Más allá del principio de placer. En *Obras Completas* (Vol. XVIII, pp. 1-62). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1920)
- Freud, S. (1996). El yo y el ello. En *Obras completas* (Vol. XIX, pp. 1-66). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1923)
- Freud, S. (1996). El problema económico del masoquismo. En *Obras completas* (Vol. XIX, pp. 161-176). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1924)
- Freud, S. (1996). El sepultamiento del complejo de Edipo. En *Obras Completas* (Vol. XIX, pp. 177-187). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1924)
- Freud, S. (2001). El porvenir de una ilusión. En *Obras Completas* (Vol. XXI, pp. 1-55). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1927)
- Freud, S. (2001). El malestar en la cultura. En *Obras Completas* (Vol. XXI, pp. 57-140). Buenos Aires: Amorrortu Editores. (Trabajo original publicado en 1930)
- Goldstein, M. (2006). *Xenofobias, terror y violencia: erótica de la crueldad*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Imbriano, A. (2006). *La odisea del siglo XXI*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Zizek, S. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.